

Nº0

Junio

2016

ÉCFRASIS

Revista literaria



ESCUELA
LITERARIA



ESCUELA LITERARIA

Escuela Literaria
Carretas, 6 -38202
La Laguna - Tenerife
Teléfono: 922 26 64 11
www.escuelaliteraria.com
información@escuelaliteraria.com
[Facebook.com/EscuelaLiteraria](https://www.facebook.com/EscuelaLiteraria)

©Dirección y coordinación:
Escuela Literaria

©De los textos:
Los autores

©Fotografías:
Miguel Ángel Roldán de La Cámara
(Calle Bencomo, 23)

©Corrección, maquetación y diseño:
Yrama Concepción Sánchez

ÍNDICE

Editorial ἔκφρασις Antonia Molinero	4
La historia del curso de Creación Literaria en marcadores	5
Daniel Suárez 0,3 segundos	10
Olivia Hernández Montoya Besos de tinta	12
Mariana Rodríguez Rivero Del desierto, las rosas	14
Juan Fernando Reyes El solar de las macetas olvidadas	16
Joaquín Tena Las fiestas de Chano	19
Creatividad con Mindfulness en la Escuela Literaria Silvia Martín Palenzuela	23
Bartleby, the Scrivener Alicia Antoniou García	25

ἔκφρασις

Écfrasis en griego antiguo es explicar hasta el final, hasta que entendamos lo que nos resume y representa, y lo que nos pone en palabras las representaciones visuales. Yo creo que una imagen vale lo que vale su representación y que nos basta con ver una foto o un cuadro para entender la mirada de un artista, pero una sola palabra no suele bastar para sanarnos, aparte de los milagros, claro.

Écfrasis es reflejar una mirada propia en un texto propio o ajeno, una usurpación, un parásito verbal que sobrevive de imágenes. La literatura es eso, es un parásito a la inversa porque refleja, con un agua depurada las emociones, nos dibuja un punto de vista. La literatura también nos explica de qué está hecho el mundo, pero lo malo, lo fatal, lo aniquilante es que parece ser que no necesitamos explicaciones, ya nadie pide ni da explicaciones, y las necesitamos. La literatura está llena de explicaciones, pero no se deben notar. Ahí la necesidad de una Escuela ;-)

¿Existe la posibilidad de que los interlocutores volvamos a entendernos, a explicarnos? Siempre, sí, hasta que las aguas se vuelvan menos turbias, hasta que volvamos a reunirnos, soltemos de las manos los aparatitos, y nos volvamos a reflejar los unos en los otros. De acuerdo que Écfrasis va a ser una revista digital porque no podemos seguir matando árboles, a la Escuela la representa un árbol, y porque por mucho que me pese, las revistas, los periódicos y los libros pasarán al lado electrónico, salvando de las cenizas de Alejandría los ejemplares de lujo. La vida se ha conectado a la red y desenchufarla, quizás sea un

Si un escritor siente la necesidad de explicar el mundo a través de la mirada de otro, no dejará de ser un entrometerse, un quita que ya te completo yo, pero es posible que ambas miradas se complementen y juntas, nos expliquen mejor. Las imágenes siempre nos alivian, ayudan, concretan, y las palabras llegan hasta el fondo de la realidad, para que las representaciones detallen, precisen y porque hay gente dada a no callar, a contar el mundo. La Escuela Literaria está muy bien explicada en el cuadro del árbol del Laurel Rojo de Juan Pedro Ayala, el árbol de nuestro logo, que ha captado que escribir es un color: el rojo, y que el escritor es un árbol que florece en cada pensamiento y que la literatura da sombra a quien se arrima a ella. Un cuadro de un árbol nos explica, ahí tenemos una écfrasis inversa, una imagen que nos escribe, mientras nosotros dibujamos con palabras.

La Escuela Literaria siempre se ha explicado a través de su filosofía, de su método basado en la percepción, esa búsqueda de la mirada única del escritor, pero también siempre lo ha hecho desde las imágenes de sus marcadores, desde las fotografías de fotógrafos sin complejos narrativos, artistas que contaban convenientemente qué es la Escuela, o cuya mirada significativa completaba nuestro pensamiento sobre lo que es literatura: bosques, mares, manos, gotas de agua, ventanas, desiertos, edificios, ropa tendida... Son 12 años creciendo entre las vicisitudes de la cultura que se hospeda en la ninguneada reserva de Occidente que es el pensamiento clásico, y que jamás debemos de olvidar. Y por este motivo una palabra griega, quizás sirva para sanarnos las ganas de volver a ser el agua clara en la que otros puedan verse reflejados o explicados, al leer el texto de alguno de nuestros alumnos.

Les mostraremos en esta nueva revista Écfrasis, que hoy nace como muestra del trabajo de los alumnos y profesores de la Escuela Literaria, relatos, artículos y reseñas de libros que hay que leer para florecerse <3

Antonia Molinero, directora de la Escuela Literaria

La historia del curso de Creación Literaria en marcadores



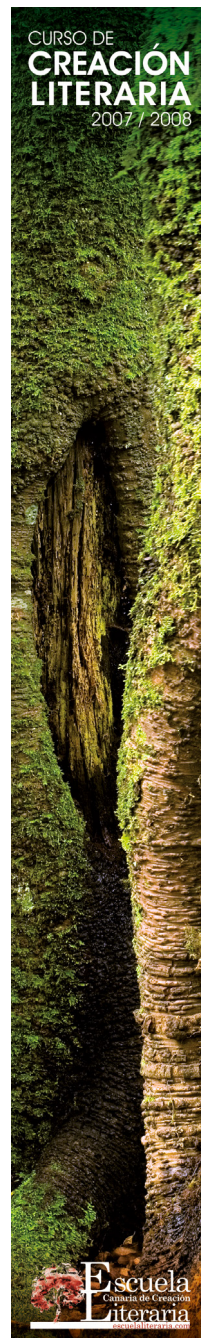
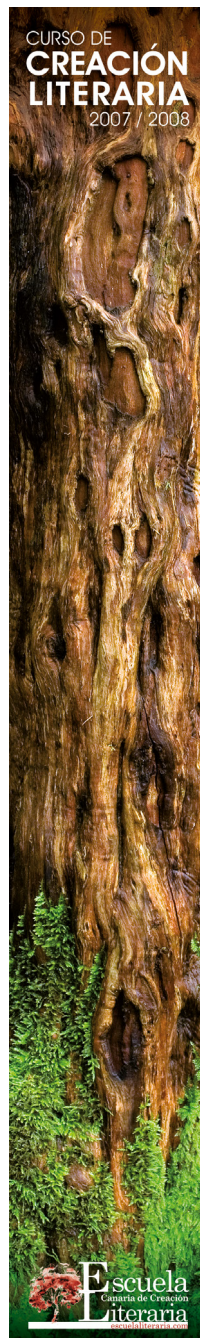
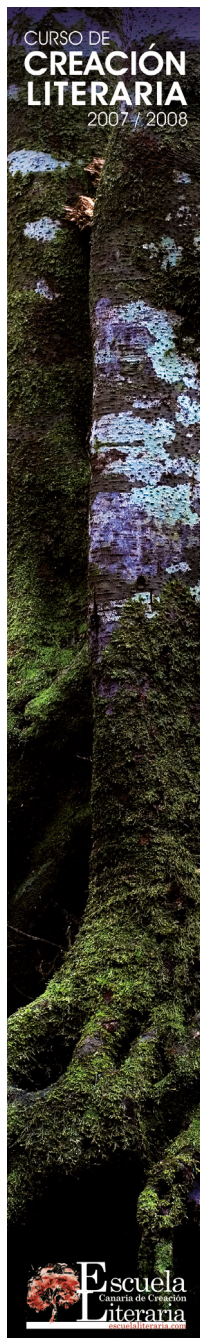
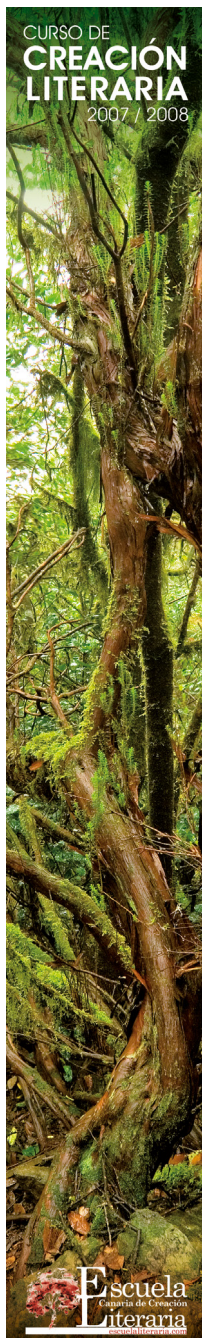
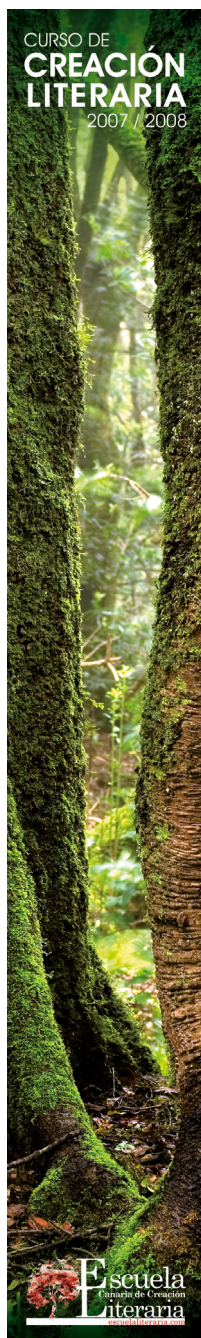
2004-05



2005-06



2006-07



2007-08

**CURSO DE
CREACIÓN
LITERARIA
2008 - 2009**
5ª PROMOCIÓN

del 28 de octubre
al 21 de mayo



2008-09

**CURSO DE
CREACIÓN
LITERARIA
2009 - 2010**



2009-10

**curso de
creación
literaria
2010-2011**



2010-11

**curso de
creación
literaria
2011-2012**



2011-12



2012-13



2013-14

La Escuela Literaria es un espacio para la creación, el conocimiento, y la formación desde la escritura.

El ecléctico equipo de profesores de la EL lo conforman creadores, escritores, comunicadores y expertos en enseñanzas artísticas, que tienen el objetivo común de formar alumnos que dominen la comunicación escrita.

Somos un espacio abierto en permanente evolución y aceptamos propuestas de contenidos, cursos y metodologías modernas, alternativas, y experimentales.

La intención formativa fundamental de La EL es descubrir nuevos campos de trabajo creativo estimulando y ordenando la percepción de la realidad: mirar y contar el mundo de forma literaria.

El método de enseñanza de la EL se basa en que el aprendizaje surge de la práctica. Con las pautas marcadas por el profesor, el alumno percibe, elabora un pensamiento propio, y escribe ayudado por los recursos y técnicas adecuadas.

10 años, tres publicaciones de la escuela, más de mil alumnos, de los cuales, varios de ellos han publicado y han sido premiados en concursos, publican artículos y críticas en prensa, y han pasado a formar parte del mundo literario.

**PROPUESTA
FORMATIVA
2014-2015**



2014-15

**Curso de Creación
Literaria 2015-2016
12ª promoción**



2015-16



Daniel Suárez

Alumno del curso *Jóvenes Escritores*

0,3 segundos

Dos cuartos de libra y una ensalada César- dice mi madre.

-¿Algo más?

-No, nada más.

-12.80€ Pase a la siguiente ventana.

Una sensación de aburrimiento me abruma. Mi cuarto de libra huele como siempre, la ensalada de mi madre es tan horrible como siempre, damos la vuelta al toys' R' us como siempre. Mi vida necesita un cambio, pero no soy capaz de encontrarlo. Un hobby aparte de jugar a la Play Station y al fútbol. ¿Ir a centros comerciales? ¿Hacerme probador de sillones? Giramos la rotonda de San Bartolomé y llegamos al cruce. Mi hermana y yo empezamos a discutir con mi madre porque no había pedido el helado. Se gira y nos manda a callar. Error fatal. Veo un Mercedes-Benz Gla 200 y no me imagino destrozado. Mi madre se vuelve, ve el Mercedes y suelta el volante. El tiempo se paraliza. Mido la distancia y el tiempo. Me quedan 0.3 segundos para el impacto. Me lanzo al asiento de copiloto. 0.2 segundos. Reboto contra la guantera y caigo con la cabeza entre las piernas. 0.1. Estiro el brazo para llegar al freno de mano. Pongo el pulgar encima del botón. No puedo, es muy duro. Un lápiz no cabría entre los dos coches. Centro toda mi energía en el pulgar. Consigo apretarlo. El coche da un giro al estilo Vin Diesel. El Mercedes hace un roce considerable al maletero. Exhalo y expiro con la bocina del Mercedes de fondo. Estoy vivo.



Olivia Hernández Montoya

Alumna del curso *Creación Literaria*

Besos de tinta

«Cerrar la mente al exterior para (re)conocerme por dentro.»

Las formas laberínticas siempre me han obsesionado. Supongo que me gusta saborear el placer oculto de vivir en constante tensión.

Yo misma atrapada dentro de una Olivia que juega a interpretar el papel que todos quieren ver: pequeña niña perfecta, fingidora a vida completa. Demasiado tiempo actuando; ya no sabía ser yo.

Todavía veo la mirada interrogante de mi padre mientras escucho a mi madre: «por fin, qué quieres, vas a estudiar, ¿Filología o Derecho?» ¡Qué imperativo y determinante suena todo en la adolescencia!

«Una casa dentro de mi casa que es mi cabeza —eso quería gritarles— un jardín con vistas a mi alma donde la sístole y la diástole dicten la meteorología.» ¿Derecho o Filología? ¡Qué relativo suena todo con la experiencia!

Hija de abogado. Me reconocía en el reconocimiento ajeno. Imaginaba que Derecho era la respuesta que querían escuchar mis padres. La necesidad de complacerles me empujaba hacia una vida de pleitos constantes. Pero mi naturaleza no es conflictiva. Aunque no quisiera admitirlo, mi cuerpo me escupía la verdad que secaba bajo vendas de autoconvencimiento.

Las palabras siempre mecieron mis sueños, las traje conmigo en la inocencia del subconsciente cuando por fin descubrí lo que era volar: imaginar sin límites. Cada acento que me acarició por dentro, cada corrección de significados mal sonantes que no respondían a mi realidad, cada beso de tinta me estaban empujando entre susurros hasta el instante que levité y supe que el ‘amor por las palabras’ me empañaría toda la vida.

Cuando corazón y alma van por delante, anticipando lo que el pensamiento va dictando, solo necesitas un momento de quietud para saber la respuesta que deseas. Cuando la tormenta que te habita se acalla, la verdad brota, invisible, entre tus flores marchitas.



Mariana Rodríguez Rivero

Alumna del curso *Técnicas de la Imaginación*

Del desierto, las rosas

Yde las rosas una reina, Priscilla. Ella es bermeja y de piel albina como sus manos de plata y guantes largos, reina en su castillo de sal, junto al jardín de rosas de arena en el desierto tunecino.

Recibe en la media mañana del treinta y cinco de febrero, la notificación de su mensajero el halcón: “Muriel ha perdido el apetito”.

¡Priscilla aterrorizada! Se adentra en su vestido de siete bolsillos y, en cada uno de ellos, coloca un trocito de pan de pita, sube en su cometa de tres colores sobrevolando el Mediterráneo y el mar de Alborán.

Llegó entonces, la tarde... el Atlántico ...y la ventana de Muriel.

Se acercó hasta allí, hacia un colchón de almidón y en él, yacía una niña trigueña, abrazada a un reloj de arena y vestida con un traje de hilo trenzado y deshuesado.

La Reina se introdujo dentro del reloj deslizándose entre las dunas del tiempo, le susurra a través del cristal que abra los ojos, y un grano de pan le depositará en su lengua marchita. Con el vaho de los susurros comienzan a aparecer gaviotas y pájaros capuchinos dibujados en el vidrio, ¡como aquellos corazones y flechas perecederas!

Cada día colocaré un trocito de pan en tu garganta, le dijo Priscilla, y cuando despiertes te subiré en mi cometa de tres colores y te llevaré a mi jardín de rosas del desierto, plantaremos una cada día, y dos cada trimestre, con ayuda del viento y de las formas.

¡Subirás las escaleras de sal de mi castillo y jugarás donde quieras jugar, en el desierto, en el oasis, los palmerales, entre los blancos y azules de Sidi Bou Said!

Siete bolsillos de pan y arena, Muriel comenzó a jugar.



Juan Fernando Reyes

Alumno del curso *Escritura de mañanas*

El solar de las macetas olvidadas

El solar de las macetas olvidadas, así lo había bautizado. Cada cierto tiempo, una o dos veces al mes, quería recordar, alguien, parado de pie frente a la hilera de bloques de veinte que lo rodeaba, arrojaba al interior del mismo macetas que ya sus dueños no querían.

Una, diez, cincuenta, centenares de ellas. Materiales y colores diversos. De barro, terracota, plástico, resina, madera e incluso de hormigón. Negras, marrones, verdes, rojas, y así un largo etcétera. La mayoría ya rotas. Resquebrajadas de abandono, al caer en aquel miserable su último destino. Entre matojos salvajes, se escuchaba su pasada realidad en forma de trozos dispersos de ellas. Algunas, sobretodo las mas pequeñas, aún permanecían enteras, eso si, algo descoloridas. Mostraban la consabida fuerza de lo diminuto, se negaban a desfallecer.

Su mirada no pudo más que nublarse. Por primera vez se sentía maceta, y por ende, lloró aún más.

En lo mejor de sus vidas habían llegado a sus respectivos hogares cargadas de ilusión. Con un simple objetivo, demostrar a quienes les habían dado la oportunidad de forma parte de sus distintas vidas, adquiriéndolas en sitios dispares, que no se habían equivocado en su elección.

Su modo de agradecimiento sería mostrarse útil, en forma callada. Ausencia de quejas ante sus dueños.

Por vez primera se sentía maceta, y por ende lloró aún más.

Ausencia de quejas ante sus dueños. ¿Qué más da a quién le colocaban dentro de ella? Un triste cactus, una palmera, un conjunto de girasoles, o geranios varios... ¿Qué más daba si de tanta tierra sus paredes estaban hartas apretadas? ¿Qué más daba si las colocaban en un amplio balcón o en un diminuto aseo? ¿Qué más daba si sufrían de intenso calor en verano o tiritaban de frío en el crudo invierno? Mientras sus dueños, en el interior de sus casas. Pero ellas, las macetas, reproches callaban.

Su modo de agradecimiento sería el silencio, en modo de queja, ante ellos.

No existían protestas. Sí sus tierras estaban demasiado húmedas, aprisionándose casi hasta el estrangulamiento, o sí se olvidaban de regar a la planta que portaban durante semanas. Olvido éste que mostraba toda ella cuarteada. ¡Triste imagen la de ellas!

Mientras tanto exhibían sonrisas. No había queja alguna. Silencioso compromiso con aquellos que las habían adquirido. Dar lo mejor de sus vidas, mostrándose útil.

Pero... ¿toda aquella fidelidad de que había servido?, se preguntaba observando como un utilitario de color rojo paraba justo en la esquina de aquel solar. El cariño demostrado, tras años de convivencia, de padecimientos, de sinsabores, sin queja alguna, por su parte había sido reducida a eso, a ser arrojadas, y abandonadas a su suerte tras los muros de aquel triste solar.

Macetas, juguetes rotos. Por vez primera se sentía maceta, y por ende lloró aún más.

Jeremías, cincuenta y dos años, recordaba a la perfección el día en que, tras haberse tomado dos años sabáticos, había empezado a trabajar en aquella empresa automovilística. Como con ahínco, fue escalando peldaño a peldaño dentro del escalafón de la misma, hasta llegar a ser jefe de contabilidad. Esfuerzo que le llevó a prescindir casi por completo de ratos de ocio. Dieciocho horas diarias durante seis de los siete días de la semana. Agradecía el apoyo prestado, la confianza en él.

Su modo de agradecimiento, a pesar de estar mentalmente saturado, sería el silencio, en modo de queja, ante sus jefes.

Se convirtió en el primero que encendía las luces de la oficina y el que se encargaba en apagarlas.

Jamás le preocupó lo que pensaban de su manera de actuar sus compañeros. No entendían cómo era capaz de ir a trabajar con cuarenta de fiebre, o cómo, en otra ocasión, horas después de enterrar a su padre, se incorporó con caminar firme a su despacho. Era enero, había que presentar las cuentas anuales del ejercicio contable.

Dos días habían transcurrido desde la llamada sorpresa. Sin más, la empresa había decidido rescindir su contrato. En palabras vulgares, pero tan vulgar como real, echarlo a la puta calle. Ni una triste despedida, ni un más que merecido homenaje.

Sentado, sin sentarse, debido a su nervioso estado, en la diminuta butaca blanca, observó como una primera lágrima besó de manera furtiva aquel cheque que sostenía entre los dedos de su mano izquierda. Siete mil doscientos euros. Exigua cantidad. No solo él se ahogaba en sus recuerdos, también la cantidad a él pagada.

Tocándose una y otra vez su barba, raramente en los últimos veinte años había dejado que adquiriera tal consistencia, pensaba y observaba. Miraba nuevamente a aquellos bloques de veinte sin encalar que rodeaba aquel solar, el solar de las macetas olvidadas, sintiéndose maceta. Él, Jeremías, en aquel momento era maceta.

¿Toda su fidelidad de qué había servido?

En lo mejor de su vida, solo tuvo un objetivo, ser útil, mostrar por activa y por pasiva tal utilidad. Objetivo que le sirvió lo mismo que a aquellas macetas, ser abandonado por sus jefes a su suerte.

De todas maneras, se sorprendió al pensarlo, tenía una gran diferencia respecto a éstas. Aunque roto en pedacitos, él se podría aún recomponer, ellas ya no tenían posibilidad de intentar construirse una nueva vida.



Joaquín Tena

Alumno del curso *Memorias*

Las fiestas de Chano

Volverán las oscuras golondrinas en mi balcón sus nidos a posar, pero aquel ambulante de correos, aquel no volverá. Al pensar en las fiestas de Chano la tristeza vuelve a saludarme y siento un rumor de pasos por el polvo. El río que bajaba juguetón enfrente de mi casa se ha secado; no hay agua, solo piedras pulidas que me miran.

Celia subía a la casa de campo que tenían en las laderas de Chío, camino del Teide, unos días antes de San Sebastián para preparar la fiesta de su esposo.

Celia vestía muy bien; no solo en las bodas o bautizos cuando aparecía con un Guivenchy o un modelo de las Pitucas de Santa Cruz, sino a diario, a pesar de su envergadura, que corregía con marcas alemanas, mostrándose siempre hermosa.

-Yo las joyas las llevo en todos los viajes. Para eso las tengo, para lucirlas. Si se me pierden o me las roban que las pague el seguro.

Siempre pensé que Celia tenía vocación de dama ilustrada, una suerte de madame De Sevigné; salvando las diferencias de cultura, fortuna y hora.

La mañana de la fiesta de San Chano, subíamos los amigos con nuestros coches y por un día Celia no protestaba si destrozábamos el césped.

Los invitados de Los Gigantes éramos un grupo de pequeños comerciantes, satisfechos, una especie de piña endulzada por la madurez que había aprendido a convivir sin roces. Y aparte de nosotros, venían los de fuera, otros comerciantes de Las Américas, enriquecidos, doctores con honoris causa de la capital, cirujanos plásticos, delicadas esposas en conserva, consejeros en ejercicio, ex algo del cabildo, un asesor fiscal sesudo y un notario. Cualquier fiesta que se precie ha de tener un notario que dice que da fe pero la vende más cara que las angulas. Ah, me olvidaba, alguna vieja dama con pedigrí de pueblo.

Empezaba la cosa con una misa, a cargo de don José Luis, el curilla con barriga y sotana. En primera fila, además de Celia y su consorte; el alcalde, don Pancracio.

Yo que soy un descreído oteaba la reunión con respeto, pero con una pizca de orégano y pimienta, para darle gusto al salmorejo.

El celebrante nos hablaba del martirio de San Sebastián, del divorcio y de la importancia de la familia. Las divorciadas carraspeaban o suspiraban indignadas, y sobre el altar una delicadas azucenas flanqueaban a un San Sebastianito, desnudo, con una flecha clavada en el muslo como una erección desubicada.

Daros la paz, decía el cura y nos dábamos de todo, encantados, bajo el mismo cielo, azul, brillante y un poco frío porque San Sebastián es en invierno.

Se me eriza el vello, como diría la cursi aquella, cuando hoy, al poner la memoria al servicio de este relato, se me representa como un campo de batalla con los destrozos causados por el tiempo y por la muerte, porque esta batalla ha tenido sus muertos. Solo de mentarlo se me pone una pella en la garganta como de la ensaladilla rusa que nos servían, generalmente espesa y con demasiada cebolla para remojarla con tinto.

Lo que más éxito tenía no eran las garbanzas ni la fabada, sino el condumio y el pescado salao que preparaba Julia.

La fiesta era un puro tomar como en las canciones de Chavela Vargas, pero con algo de picoteo para aligerar el drama.

Los postres llegaban de los cuatro puntos cardinales y del centro como regalo de los invitados. Tartas de frutas, hojaldres de la Orotava, pastelitos de Echeto y de Rosy Verde, unos rosquetes como solo se hacen en Buenavista del Norte.

Luego, quiero decir unos años más tarde, Chano atrapó algo, un virus, se decía. Y empezó a tener problemas, primero con el habla, tartamudeaba.

-¿Qué le pasa a Chano? –nos preguntábamos.

Celia le seguía preparando las fiestas y desde que comenzaban los platos a ocupar las mesas, un conjunto de guitarras y batería tocaba, tocaba sin descanso: mil doscientos boleros, trescientas rancheras y todos los suspiros del alma de la Jurado y de Juanito Valderrama.

Cantar, cantábamos a pecho descubierto, pero el que mejor lo hacía era Álvaro, con su voz de tenor, cogía la guitarra como a una hembra desnuda y la recorría con sus dedos, contaba chistes, te insultaba, recitaba, aseveraba, mentía...

Y Chano, el pobre, poco a poco perdía fuerza, se pasaba la fiesta sobre una banqueta con los brazos caídos como dos trapos mojados.

Recuerdo también a un gomero raro, de esos señores que no te miran cuando te hablan, y te ofrecía un aguardiente de parra que te destrozaba las orgías criollas que habían organizado en tu barriga la fabada y el conejo.

Un día, en otra fiesta, no sé por qué, cuando ya la luna había bajado a cantar “Ay barrio de Santa Cruz”, y una de las hermanas de Chano, Bienvenida, acababa de cantar la Zarzamora, yo arranqué el micro y canté “La niña de la estación”, Chano se rio tanto que su mujer me daba las gracias. Y desde entonces siempre que festejábamos algo quería que la cantara.

La enfermedad degenerativa se apropió de Chano, del tartamudeo pasó al temblor de barbilla, al arrastramiento del pie derecho y a no poder llevarse la cuchara a la boca.

Celia que lo amaba como solo se ama en las zarzuelas, organizaba pequeños saraos en su casa o en restaurantes caros. Yo, por deferencia, me solía sentar junto a Chano para echarle una mano, pero los que más le ayudaban eran Álvaro, tan charlatán como cariñoso con su amigo, y Urbano, que le quitaba el babero como al marqués de Bradomín.

Y Chano se esforzaba en romper las interferencias de aquella maldición que lo pulverizaba, señalaba al armario donde estaban las botellas de vino para ordenar que sacaran un buen Rioja. Yo sabía que era el precio a mi desinhibición, para que cantara.

La enfermedad de Chano fue tan larga, que podríamos dar de comer a un comedor universitario con tanta fiesta. Su mujer decía que no podía hablar pero que entendía todo. Y lo miraba a los ojos y le acariciaba la mejilla.

Hasta que un día se quedó como los saltamontes, quiero decir que sus brazos de remero y su porte de guanche de dos metros, se fueron empequeñeciendo hasta que sus dedos parecían los ganchos de una antena sin cobertura.

Murió.

Pocos meses después, pasábamos por la puerta de su casa y vimos una ambulancia.

-¿Qué pasa?

-Es doña Celia –nos dijo la cocinera.

Celia no quiso quedarse, se fue al cementerio de Santa Lastenia y se metió con él en la misma tumba.

El entierro tuvo lugar un día de esos de sol con olor a resina. Yo cerré los ojos, y subí sobre la lápida del panteón familiar, recién sellada y, como si fuera una oración, les canté desde dentro de mí, sin que nadie lo viera, la canción de fin de fiesta: “La niña de la estación”.

Creatividad con Mindfulness* en la Escuela Literaria

Silvia Martín Palenzuela

Profesora de *Creatividad con Mindfulness*

Mindfulness es un concepto que está muy de moda y su traducción más divulgada es “atención plena”. Su traducción literal sería algo así como “mente llena”, lo cual es bastante curioso porque practicar Mindfulness lleva precisamente a lo contrario: a vaciar la mente. Claro que es vaciarla de ciertos contenidos para que así pueda ser ocupada por otros más beneficiosos para el desarrollo de nuestra vida, visto así tendría su razón de ser el vocablo, pero este texto no va de semántica, aunque sí del significado que el Mindfulness puede tener en nuestro desarrollo creativo.

Desde mi experiencia y práctica diaria personal, percibo el Mindfulness como un estado de conciencia, un estado de conciencia desde el que vivir con más serenidad y, por lo tanto, con menor sufrimiento. Un estado al que se llega haciendo, además, algo que todos sabemos hacer, que es prestar atención. Una atención focalizada en el presente, en el aquí y ahora, en lo que nos ocurre en cada momento, ya sea dentro o fuera de nosotros. Una atención que puede ser entrenada, ya que no es más que el mecanismo cerebral que se requiere para ser consciente de algo. Ese entrenamiento, como el Mindfulness, tiene tres pilares que son los siguientes:

- La meditación formal, zen o budista. Realizar esta meditación diaria, que es laica, muy sencilla y que todos podemos hacer, consiste en estar presentes cuando creamos un espacio de quietud (ya sea sentados o en posición de diamante o de loto) y de silencio en el que observamos con actitud compasiva nuestros pensamientos, nuestras emociones y nuestras sensaciones corporales. Observar con actitud compasiva es fácil de lograr si combinamos otras siete actitudes que son: no juicio, mente de principiante, paciencia, confianza, aceptación, sin apego y sin esfuerzo y si comprendemos que todos los seres vivos estamos interconectados y actuamos en cada momento con las herramientas que tenemos.
- La meditación informal o en movimiento consiste en llevar esa meditación formal a nuestra vida diaria, esa observación compasiva a todo lo que acontece a nuestro alrededor y a nosotros mismos.

- Autoindagación, que viene a ser lo mismo que lo que dice el aforismo griego “Conócete a ti mismo”, claro que en la actualidad contamos no solo con el conocimiento obtenido del aprendizaje de nuestras propias experiencias y las de los demás, sino con el que nos proporciona las neurociencias a través de sus descubrimientos continuos en el funcionamiento del cerebro y por ende, que nos responden al por qué y al para qué nos comportamos como lo hacemos. Quizás llegados a este punto puede que el lector ya intuya en qué puede ayudarle el Mindfulness en su proceso creativo, sin embargo, voy a poner en práctica mi mente de principiante y no hacer suposiciones.

Crear es un acto inherente al ser humano, como la imaginación.

De la imaginación a la creación solo hay un paso: la acción.

Creamos en muchos aspectos de nuestra vida, pero solo logramos hacer arte en alguno o algunos de ellos.

De la creación al arte hay otro paso.

Sir Ken Robinson, experto mundial en el desarrollo del potencial humano, define El Elemento como el punto de encuentro entre nuestras aptitudes personales (talentos) y nuestras inclinaciones naturales. Estar en nuestro Elemento o Elementos (podemos tener varios) es ese paso.

La escritora **Julia Cameron** en su libro *“El camino del artista”* dice: *“El arte nace de la atención y los detalles son su comadrona”*.

Entrenar nuestra atención consciente en el momento presente nos ayuda a dar rienda suelta a nuestra imaginación, a ser más creativos, a encontrar nuestro elemento y a desarrollar nuestro arte.

Observar sin juicio lo que necesitamos expresar en cada momento nos da la libertad que nos permite avanzar. Mirar con ojos de principiante nos descubre nuevos caminos. Cultivar la paciencia nos ayuda a aprender. Aceptar lo que no está de nuestra mano cambiar nos aporta la tranquilidad necesaria para seguir desarrollándonos. Confiar en nosotros, en nuestras capacidades, nos impulsa. Desapegarnos de nuestra obra nos abre puertas llenas de luz.

Cada uno de nosotros sabemos que tenemos un artista dentro.

El Mindfulness es un estado de conciencia, una filosofía de vida, es entrenamiento de la atención o atención plena, cada uno puede definirlo como quiera, podemos intentar llenarlo de palabras, pero ninguna le alcanza a lo que significa experimentarlo.

Quizás baste decir, por ahora, que ayuda y mucho a que nuestro artista se exprese.

*“Creatividad con Mindfulness” es un curso de la Escuela Literaria que se realizará en el mes de octubre.

Bartleby, the Scrivener A story of Wall Street

Herman Melville

Alicia Antoniou García

Profesora de **Lectura** en el curso de **Creación Literaria**

“Bartleby el escribiente.” fue publicado por primera vez en Putnam’s Monthly Magazine en dos ejemplares de 1853, siendo incluida posteriormente por su autor, Herman Melville, en una colección de relatos titulada The Piazza Tales (1856).

Bartleby casi podría ser descrito como una historia de detectives sin resolver. Es un enigma de principio a fin; una incógnita que el lector trata de comprender y desentrañar sin conseguirlo, permaneciendo, como mínimo, tan misterioso al final como lo es al principio de la historia.

En la superficie, “Bartleby el escribiente” es el tragicómico relato de un amanuense que se niega a escribir, a salir, a comer y, finalmente, a vivir; y de cómo esto trastoca la tranquila y próspera existencia del abogado que narra la historia. Sin embargo, desde el principio, el lector intuye que “Bartleby el escribiente” es mucho más que eso. Se ha entendido como una alegoría autobiográfica acerca del propio autor, como una crítica social a las condiciones de vida en época de Melville y como un relato acerca del aislamiento del individuo en la sociedad, por citar sólo unas cuantas de las interpretaciones que se han barajado.

Realmente, no se puede decir que “Bartleby el escribiente” tenga un único significado. Herman Melville buscaba conscientemente la ambigüedad en sus escritos. “...pide a futuras generaciones de lectores que completen la estructura, que aspiren a alcanzar el significado, que le den el toque final.” El lector no es una figura pasiva. Cuando lee a Melville, debe participar en el proceso de creación. De manera consciente, el autor le encomienda la tarea de completar su obra, de imponer coherencia a personajes y situaciones que han sido esbozados de manera ambigua a propósito. Hay tantos Bartlebys como hay lectores. Bartleby seguirá cambiando y evolucionando en la medida en que lo hagan ellos.

Cada lector debe hacer el esfuerzo de elegir lo que considera que es la respuesta adecuada, de decidir acerca del significado del relato, siguiendo las pistas que Melville deja en el mismo. Cualquier interpretación será siempre parcial e incompleta y no excluye a las demás. Tal vez sea esto lo que hace que la lectura de Bartleby sea tan gratificante y frustrante al mismo tiempo.

Cuando Melville retrató al escribiente, probablemente estaba utilizando partes de su propia experiencia vital. Experimentó episodios depresivos a lo largo de su vida y es evidente que hay fuertes elementos autobiográficos en el relato. Una de esas depresiones ocurrió justo antes de escribir este relato. Como el escribiente, estaba “más resignado a su destino que desafiante.” Su padre también sufrió una enfermedad mental y “temía que... le esperaba el mismo destino que a su padre si continuaba indagando en las profundidades de su mente.”

Así, desde el principio, Bartleby es descrito como una figura “... ¡pálidamente pulcra, lamentablemente decente, incurablemente desolada!” Cuando el narrador habla de su manera de trabajar, señala que “...encantado con su aplicación, me hubiera encantado aún más si él hubiera sido un trabajador alegre. Pero escribía silenciosa, pálida, mecánicamente.” (Traducción Jorge Luis Borges).

Durante los tres primeros días, Bartleby trabaja silenciosa y eficientemente. El tercer día, por algún motivo que desconocemos, insiste de manera persistente que “Preferiría no hacerlo”. Al continuar con la historia, comprendemos que algo le sucede al escribiente, pero no sabemos lo que es, (y nunca lo sabremos, por mucho que lo intentemos). Se escuda detrás de un muro (wall) de incomunicación que hace que los esfuerzos del narrador por averiguarlo, o por ayudarlo, sean totalmente infructuosos.

Según Melville “algunas indescriptibles luchas del espíritu no pueden ser esbozadas, y algunas tristezas son inenarrables.” ¿Es esto lo que le sucede a Bartleby desde el principio? ¿Es lo que causa sus ensoñaciones ante la pared ciega (dead-wall reveries), que deje de alimentarse y de comunicarse con sus semejantes aislándolo del resto de la humanidad?

Además, el autor sostiene que las emociones más intensas y apasionadas de la vida se resisten a cualquier comprensión analítica de las mismas. ¿Supone esto que no vamos a encontrar una respuesta razonable al comportamiento de Bartleby? ¿Qué nunca lo comprenderemos porque las cuestiones del alma no pueden ser realmente vislumbradas por el intelecto desnudo?

Intuimos a lo largo del relato que Bartleby sabe algo que nosotros no sabemos, que tiene algún tipo de respuesta, que ha encontrado, de alguna manera, un sentido a la vida que se nos escapa totalmente. Tal vez sea eso lo que haga que el enigma del escribiente sea tan exasperante para el lector. Para Melville, “La luz más intensa de la razón y la revelación unidas no puede proporcionar una iluminación sobre las verdades más insondables del hombre como la que a veces proviene de sus mayores abatimientos. La oscuridad más absoluta es entonces su luz, y así observa felinamente, todos los objetos a través de un medio que es ceguera para la visión común.” De esta manera, el escribiente alcanza una verdad que le permitió desafiar las normas de la sociedad en la que vivía, pero por la cual pagó un alto precio: aislamiento, incompreensión y, finalmente, la muerte.

Para entender lo que Bartleby sabe, debemos experimentar lo que él experimenta. No hay atajos. Por eso, el narrador nunca podrá entenderle; el lector nunca podrá entenderle. Lo que sabe Bartleby es tan inalcanzable para nosotros, como la novena sinfonía de Beethoven lo es para un sordo (aunque, paradójicamente, tuvo que ser un compositor sordo el que la escribiera).

Hay un fragmento en el Capítulo CXIII de Moby Dick que perfectamente podría referirse a Bartleby: “Así, la locura del hombre es la cordura del cielo; y, alejándose de toda razón mortal, el hombre llega al fin a ese pensamiento celeste que para la razón es absurdo y frenético; y, para bien o para mal, se siente entonces libre de compromiso e indiferente como su Dios.” (Traducción de José María Valverde).

¿Qué puede ser más libre de compromiso o indiferente que la negativa de Bartleby a hacer nada que prefiera no hacer, aunque esto le lleve a la muerte? Pero incluso la muerte de Bartleby nos deja un pequeño elemento de esperanza: vida en la muerte. Muere “...en el corazón de las eternas pirámides, (donde) por una extraña magia, hubiese brotado de las grietas una semilla arrojada por los pájaros.”

